

## ¿POR QUÉ A LA NATURALEZA LE GUSTA OCULTARSE?

Francesc CASADESÚS BORDOY  
Universitat de les Illes Balears

---

Desde que Heráclito afirmó que a la naturaleza le gusta ocultarse se han ofrecido numerosas interpretaciones hermenéuticas. Sin embargo, si se observa el ciclo agrario anual de la naturaleza, muy especialmente el del trigo y la vid, representados respectivamente por Deméter y Dioniso, resulta evidente que el filósofo de Éfeso, con este enigmático aforismo, no habría hecho más que constatar una obviedad.

**Palabras clave:** Heráclito, Hermes, hermenéutica, Deméter, Dioniso.

### *Why Does Nature Love to Hide Itself?*

Ever since Heraclitus stated that nature loves to hide itself, numerous hermeneutic interpretations of his claim have been proposed. However, if we observe the yearly agrarian cycle of nature, especially in wheat and grapes, represented respectively by Demeter and Dionysus, it is clear that Heraclitus' apparently enigmatic aphorism, in effect, only expresses the obvious.

**Key-words:** Heraclitus, Hermes, hermeneutics, Demeter, Dionysus.

---

Uno de los fragmentos de Heráclito que más ha llamado la atención desde la Antigüedad es el que proclama que la naturaleza tiende a ocultarse, φύσις κρύπτεσθαι φιλεῖ (DK 22 B 123). La frase, atribuida directamente a Heráclito por diversos autores de la Antigüedad, hizo fortuna hasta el punto que llegó a rodar como una especie de tópico. La explicación del éxito de este proverbial aforismo se explica en parte por el propio estilo de Heráclito, proclive a las expresiones ambiguas, con la evidente intención de provocar la perplejidad de sus lectores. El breve fragmento, en efecto, presenta varias características propias del estilo del oscuro filósofo de Éfeso. De un lado, se leen dos conceptos, φύσις y κρύπτεσθαι, "naturaleza" y "ocultarse", que, de entrada, parecen oponerse. La característica más propia de la naturaleza es precisamente la contraria que la que postula el fragmento, es decir, manifestarse, por lo que propone una paradoja muy del gusto de Heráclito. La naturaleza se define, en efecto, por su visible omnipresencia, pues, como ha señalado algún estudioso, "no puede no

mostrarse”, por lo que resulta chocante que se afirme que lo que en realidad desea es lo contrario, esconderse.

Asimismo, Heráclito subrayó su afirmación mediante la repetición anafórica de un sonido semejante φύσις... φιλεῖ, recurso muy habitual del filósofo de Éfeso para solemnizar sonoramente sus llamativas afirmaciones. Se resalta así, con la intencionada repetición fonética del sonido φύ-φι, la raíz de la palabra φύσις formada sobre el verbo φύω con el significado de “nacer”, “originarse”, “crecer”, y del que la palabra latina *natura*, derivada del verbo *nascor*, no es más que un calco de la etimología griega. El sufijo -σις, en griego, dota al sustantivo φύσις de un valor de acción, lo que implica una concepción dinámica y generadora de la naturaleza que concuerda con la concepción heraclitiana de un cosmos en perpetuo cambio y movimiento. La conclusión, por tanto, es que Heráclito forzó un contrasentido al sostener que la φύσις, que tiende naturalmente a crecer y desarrollarse y, en consecuencia, a mostrarse en su plenitud, lo que en realidad pretende es ocultarse.

Dejando a un lado las numerosas interpretaciones que se han realizado de este fragmento a lo largo de la historia, desde la Antigüedad hasta Heidegger, lo cierto es que, para intentar comprender el sentido de la afirmación, resultará útil recordar cuál fue la concepción de la φύσις en el mundo griego arcaico. De este modo, podremos constatar que, a pesar de toda la tradición hermenéutica, Heráclito no habría hecho más que poner de manifiesto una obviedad, aunque debido a su estilo grandilocuente, al ser expresada con tanta solemnidad, parezca envuelta de una misteriosa profundidad. Por el contrario, si nos atenemos al contexto histórico y lingüístico en que fue formulada esta frase, algunas consideraciones pueden contribuir a un mayor entendimiento del verdadero alcance de las palabras de Heráclito.

Así, en primer lugar, y de acuerdo con la explicación etimológica de la palabra φύσις que acabamos de ofrecer, la imagen primitiva evocada por este concepto parece que, al menos en un principio, es la del mundo vegetal. De hecho, el sustantivo neutro φυτόν, que literalmente significa “lo que crece”, se especializó para significar los vegetales, los árboles y las plantas. En este contexto, resulta de gran interés recordar los versos de la *Odisea* X 302–306 en que por vez primera aparece mencionada la palabra φύσις en lengua griega. En esta conocida primera mención la palabra está vinculada precisamente con las propiedades ocultas de una planta. Se trata del momento en que Odiseo, antes de su peligroso encuentro con la poderosa Circe, se topa con el providencial dios Hermes, que le ofrece un antídoto, un φάρμακον, para evitar que, como ya les ha ocurrido a sus compañeros, el héroe sea convertido en un cerdo por la inquietante y subyugadora maga:

Habiendo hablado así, el Argifonte (*sc.* Hermes) me dió el remedio,

Tras haberlo arrancado de la tierra me mostró su naturaleza (φύσιν αὐτοῦ ἔδειξε)

Era negra en su raíz pero la flor se asemejaba a la leche.

Los dioses la llaman "moly", muy difícil de arrancar para los mortales. Pero los dioses lo pueden todo.

Obsérvese que la descripción homérica de la misteriosa planta "moly", nos ofrece un testimonio de gran valor en nuestro afán por descifrar el sentido del fragmento heraclíteo. En efecto, tras arrancar del suelo la planta, Hermes puede "mostrarle", ἔδειξε, a Odiseo su naturaleza más íntima, a la que los hombres no pueden acceder fácilmente puesto que es muy difícil de desenterrar. Nótese además que la acción de Hermes de desvelar, indicando la verdadera naturaleza oculta de la planta "moly", es, en su sentido más literal y etimológico, el primer acto "hermenéutico" del que tenemos constancia en la literatura occidental. Hermes desempeña por primera vez el papel de "hermeneuta" al descubrir lo que a los hombres se les presenta como algo hermético e inaprensible y que únicamente un dios, que, como subraya Homero, "lo puede todo", tiene la capacidad de hacer visible. Y es que tan sólo al ser extraída de la tierra, gracias a la fuerza divina de Hermes, la planta "moly" manifiesta su verdadera naturaleza que consiste en un balanceado contraste: su flor es blanca como la leche, pero su raíz, que permanecía oculta antes de la acción de Hermes, es negra. Gracias a esta oposición, muy del gusto heraclíteo, asistimos a la primera enseñanza maravillosa sobre la verdadera naturaleza de la φύσις: que detrás de su bella manifestación fenoménica, la flor blanca, se oculta la oscura realidad que la sustenta, la raíz negra. Un antecedente de lo que luego, en la historia de la Filosofía, acabará conformando la oposición entre el fenómeno y la cosa en sí, entre lo que se ve y se puede conocer y lo que permanece invisible al conocimiento. En cualquier caso, no hay que ser un experto en botánica para entender que las bellas y efímeras flores necesitan, para florecer, de un soporte básico que vigorice y renueve cíclicamente la vida de la planta: la raíz, la parte menos bella y oculta, pero que resulta esencial para la existencia de los vegetales.

Que esta primera explicación podría coincidir con la concepción heraclitiana lo demuestra su convicción expresada en otro fragmento, DK 22 B 54, en el que se lee ἁρμονίη ἀφανῆς φανερῆς κρείττων, "la armonía no manifiesta es más poderosa que la manifiesta". Cabe observar que este aforismo vuelve a ser un ejemplo del peculiar estilo de Heráclito. De las cuatro palabras que lo conforman, tres son adjetivos, ἀφανῆς, φανερῆς, κρείττων, resaltando la oposición, de nuevo muy del gusto del pensador de Éfeso, entre lo invisible, ἀφανῆς, y lo visible, φανερῆς, enfatizada, de nuevo, mediante la repetición del sonido φα. A su vez, ambos adjetivos están formados sobre el verbo φαίω que indica aquello que surge a la luz, lo que brilla y, por tanto,

se hace visible a los sentidos, la realidad fenoménica, en el sentido kantiano, que Heráclito habría sido el primero en anticipar. Se sugiere con ello la existencia de un orden oculto, invisible a los sentidos, tan sólo accesible a la inteligencia que conoce el *Logos*. Un orden, una armonía invisible en la que se consuma la unidad de los contrarios que es más fuerte que el que se ofrece a primera vista fenoménicamente a los sentidos. En este contexto, cabe recordar que en lengua griega arcaica el sustantivo ἄρμωνι se refiere al ensamblaje, las junturas de distintas piezas, como la ensambladura de los tablones de madera para construir la estructura de un barco. Por analogía, y en el contexto del pensamiento heraclíteo la ἄρμωνι invisible podría aludir al ensamblaje de los elementos opuestos hasta formar una unidad, que es mucho más fuerte y sólida que la diversidad que se manifiesta abiertamente a los sentidos.

En cualquier caso, de la lectura de estos dos fragmentos de Heráclito se concluye que forma parte substancial de su pensamiento la creencia de que el orden visible y fenoménico que se observa en la naturaleza es simplemente la manifestación de otro todavía más poderoso que permanece oculto. Esto exige a su vez un esfuerzo añadido para quien quiera investigarla e ir más allá que su realidad fenoménica, tal como el propio Heráclito expresó, mediante la comparación con un buscador de oro en el fragmento DK 22 B 22: "Los buscadores de oro cavan mucha tierra y encuentran poco".

A todas estas consideraciones cabe añadir aún otra, de no menor relevancia, con la intención de demostrar que Heráclito, lejos de haber expresado un pensamiento enigmático con su renombrada sentencia, se limitó a describir el rasgo más característico de la φύσις. Y es que de nuevo, la observación del ciclo de la naturaleza, demuestra que éste no es más que el resultado de un proceso que va desde el nacimiento, que es lo que, como sabemos, significa etimológicamente la palabra φύσις, hasta la muerte, tras pasar por las fases de crecimiento y reproducción. La muerte, sin embargo, en el mundo vegetal es, en muchos casos, sólo aparente ya que, como ocurre con numerosas plantas y árboles, cada año, en primavera, rebrotan con renovada energía, tras haber desaparecido sus hojas, flores y frutos en el período invernal.

De hecho, en Grecia, numerosos ritos agrarios tenían como función conmemorar el cumplimiento del ciclo anual de la naturaleza, en particular el de dos productos básicos de la cuenca mediterránea, el trigo y el vino, a partir de los cuales se originaron dos religiones místicas de singular relieve: la eleusina y la dionisiaca. En síntesis, ambos ritos místicos tenían como finalidad celebrar la cosecha anual, al tiempo que se rogaba a las divinidades correspondientes que, tras su letargo invernal, volvieran a reverdecir. En el caso de Dioniso son remarcables las fiestas denominadas "An-

testerias”, denominación que, formada sobre la palabra griega ἄνθος, significa “fiesta de las flores”, festividad que, celebrada en Atenas a finales de febrero y principios de marzo, estaba consagrada a abrir las jarras y probar el vino nuevo.

Este es sin duda el milagro anual de la naturaleza, el cual por sí solo podría explicar el aforismo de Heráclito sin tener que buscarle otras complicadas y enrevesadas interpretaciones: es un hecho constatable por la experiencia que la naturaleza tiene el hábito de desaparecer para volver a manifestarse de nuevo al cabo de unos meses con renovado esplendor. Todo aquél que haya contemplado en pleno invierno el tronco seco de una viña o un terreno yermo en el que en verano fue cosechado el trigo, no puede más que admirarse cuando, al comienzo de la primavera, rebrotan las tiernas hojas a partir de lo que hasta ese momento parecía inerte y carente de vida. De este modo, el renacimiento anual de la vid y del trigo permite intuir que la naturaleza sigue viva bajo tierra, pues, como ocurre con la planta “moly” que Hermes arrancó del suelo, la raíz, que permanece oculta y enterrada, permite que la vid y los cereales, tras ser sembrados, vuelvan a crecer y manifestarse.

Por este motivo conviene recordar el mito que se conmemoraba cada año en los ritos de Eleusis, según relata el *himno homérico a Deméter*: que esta diosa, conocida por los romanos como Ceres, la divinidad que propicia el cereal, perdió a su hija Perséfone. Ésta había sido raptada por el dios de ultratumba, Hades, cuyo nombre, Ἅιδης, significa etimológicamente “invisible”, y que surgió de repente de las profundidades de la tierra para llevársela por la fuerza al reino de los muertos. Tras buscar a su hija desconsoladamente, Deméter consiguió informarse del rapto gracias al sol que todo lo ve. Por fin, con la mediación de Zeus, Deméter consiguió un pacto con Hades: durante una parte del año Hades permitiría que Perséfone volviese a la superficie de la tierra para reencontrarse con su madre; en la otra parte del año, regresaría a las oscuras profundidades con él. Como es sabido, el mito, de carácter etiológico, tenía como objetivo explicar que la naturaleza que representa Deméter, alegre por el retorno de Perséfone a la tierra, en primavera, vuelve a ponerse en movimiento, a florecer y dar frutos. Sin embargo, durante el periodo en que Perséfone permanece oculta en el Hades, la naturaleza entristecida languidece inmóvil y desaparece aguardando pacientemente su retorno.

Así pues, ambas divinidades simbolizan el curso de la naturaleza, proclive a ocultarse como le sucedió a Perséfone. Lo mismo ocurre con el ciclo de la vid, cuyo rebrotar primaveral, tras el largo reposo hibernal determina la reaparición de Dioniso, que se erige él mismo en la manifestación de la fuerza exuberante de la naturaleza. De este modo, y gracias al ejemplo de

la φύσις cíclica del trigo y la vid, productos esenciales de la naturaleza para la vida y sustento de los seres humanos, sabemos que, en efecto, tal como advertiera Heráclito, la naturaleza es proclive a ocultarse.

Que la tradición hermenéutica —que, como hemos visto con el primer ejemplo del uso de la palabra φύσις, se originó ya con el desvelamiento de la naturaleza íntima de la planta “moly” por parte de Hermes— haya interpretado el aforismo heraclíteo de muy diversos modos no debiera ser un obstáculo para comprender lo que muy probablemente quiso transmitir Heráclito. Que resulta obvio que, por la propia definición de lo que significa la palabra φύσις, a la naturaleza le place ocultarse. Si los hombres no logran captarlo es simplemente porque “no entienden las cosas con las que se topan” (DK 22 B 17). Por este motivo, por no entender lo que resulta evidente, también ha causado perplejidad que Heráclito hubiera afirmado que “Hades y Dioniso son lo mismo” (DK 22 B 15). Y es que, en consonancia con la argumentación hasta aquí desarrollada, esta equiparación no debiera resultar tan extraña, pues le resulta connatural a Dioniso, manifestación visible de la naturaleza, su tendencia a ocultarse en el seno de la tierra en el que, como la raíz de la planta “moly”, se esconde el “invisible” Hades. Vid, vida y muerte, Dioniso y Hades, son, en definitiva, las dos caras de una misma naturaleza que gusta de ocultarse para volver a renacer, como Perséfone, con mayor fuerza y alegría.